

Recrear la Universidad Pública
Foro N°3
Internacionalización y redes globales

Valentina Saavedra

Académica Instituto de la Vivienda FAU, Universidad de Chile

Hace ya un buen tiempo, que la internacionalización de la formación e investigación ha tomado relevancia en el quehacer académico y desarrollo universitario. El beneficio en cuanto a la retroalimentación y aprendizaje de experiencias de países vecinos o de otros continentes es un aporte difícil de medir, pero profundamente enriquecedor para el desarrollo de nuestros saberes.

En medio de un mundo globalizado, la producción de conocimiento también circula con agilidad, cobra valor y mantiene riesgos y beneficios en el proceso. Riesgos, en torno a la homogeneización del conocimiento y a través de esto, la opresión o invisibilización de construcciones alternativas a las formas hegemónicas de medir los saberes. Mucho se ha discutido sobre los límites del tan legitimado método científico o cuestionado metodologías o aseveraciones que se importan acríticamente desde países por ser del llamado “primer mundo” o por publicarse en revistas con alta indexación, las que generalmente mantienen un orden mundial de supuestos establecidos poco cuestionables, lo que limita el acceso y transversalización de visiones críticas.

Pero esto es como una herramienta. Por eso, de la misma manera, se pueden generar beneficios, construyendo instancias de colaboración que fortalecen los estudios con recursos humanos, materiales, experiencias y avances en conocimiento. La importación de nuevas tecnologías o teorías que pueden ser aplicadas o adaptadas a la realidad nacional son sólo algunas de las oportunidades que nos brinda la internacionalización. Esto, debido a que el circuito global del conocimiento, puede también visibilizar aquellos saberes escondidos que dan cuenta de la interculturalidad que existe en el mundo y que genera saberes desde diferentes disciplinas, perspectivas y territorios.

Un ejemplo de ello, son los estudios de género, que incluso si nos remitimos a sus más antiguos orígenes en nuestro país, comenzaron a tomar cuerpo con la presencia de Belén de Sárraga, activista y periodista española-mexicana y que hasta el día de hoy dan cuenta de la relevancia de fortalecer el trabajo en esa línea, sin que implique homogeneizar sus visiones, sino todo lo contrario: reconociendo las diferentes experiencias que se viven en la diversidad de culturas y con ellas, las diferentes formas de opresión que se interseccionan.

Tenemos de cerca la experiencia que desarrollamos desde la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, en alianza con la Red de Mujeres por la Ciudad y Corporación SUR, donde levantamos una iniciativa inédita en nuestro país de formación abierta sobre ciudades y género llamado “Escuela Mujeres y Ciudad. Formación de liderazgos por el derecho de las mujeres a la ciudad”. ¿Qué vínculo tiene con la internacionalización? es que esta escuela se enmarca en un proyecto latinoamericano desarrollado por la Red Mujer y Hábitat de América Latina, que impulsó la generación de estas escuelas simultáneamente en Santiago

de Chile, Ciudad de Guatemala, San Salvador, Córdoba, Bogotá, Sao Paulo, entre otras, cada una con las adaptaciones necesarias a las realidades locales.

Esta iniciativa da cuenta de la posibilidad que existe de colaboración y fortalecimiento del conocimiento, recogiendo los saberes y contextos locales que permitan dar un paso adelante en la formación de género para las estudiantes, activistas, dirigentes sociales y/o académicas que trabajan en materia de ciudad y territorio, en medio de una situación mundial de alza de violencia contra las mujeres y niñas en contexto de confinamiento.

La expectativa inicial de la escuela, era un público acotado, de unas treinta personas, asumiendo la dificultad de una primera versión. Sin embargo, la pandemia, que tanto daño le ha hecho a la humanidad, también se convirtió en un extraño aliado debido a la cuarentena y la telecomunicación para trabajar, estudiar y relacionarse en general. Pues las dificultades de movilidad, disposición de espacio, entre otras, se vieron reducidas casi por completo a la hora de transformar la escuela en versión digital. Las inscripciones alcanzadas se acercaron a las dos mil personas, que como es de esperarse, se van reduciendo en el tiempo, pero que a la fecha se mantienen un aproximado de 400 personas, en su gran mayoría mujeres, entre las que cuenta un 30% de público del extranjero y que mantiene una diversidad nacional con asistentes de Chiloé hasta Antofagasta. Experiencia que sin duda no sería posible sin la virtualidad.

Cabe mencionar, que si bien existen las limitaciones de alfabetización digital y por lo tanto limitantes generacionales y económicas, llama la atención que la escuela contiene una diversidad en dichos ámbitos, que esperamos mantener.

La posibilidad de un proyecto como este se debe en parte por las redes con las que se cuenta, pero también con una visión común y de altos niveles de profundización en la materia. Estas aptitudes no son gratuitas, requieren de trabajo, formación y oportunidades que puedan desarrollar las instituciones y las personas. Virtudes que según las últimas decisiones de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, perteneciente al Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, son postergables en medio de la pandemia. Lo que se ha evidenciado en la eliminación de becas para formación de postgrados en el extranjero con el argumento de que la mayor parte del gasto de becarios se destina a la mantención de las y los becarios en ciudades de otros países, cuestión que parece perder sentido en un contexto donde se desarrollan los programas en modalidad online hasta nuevo aviso. Sumado a esto, se ha venido planteando que esta eliminación de becas podría venir con un fortalecimiento de los programas nacionales.

Respecto a lo primero, si bien la modalidad online está primando en los programas, las becas no se han acotado de manera de cubrir por lo menos el costo de los programas, simplemente se han eliminado. Reduciendo a cero la posibilidad de optar a la “ayuda” estatal para magíster y doctorados fuera de Chile. El problema de esto es que la posibilidad de internacionalización posterior al proceso formativo de las investigaciones y sus responsables puede sufrir un decrecimiento acelerado, que mantenga al “capital humano avanzado” chileno en una especie de endogamia intelectual, proceso que no es evitable con programas nacionales.

Ahora, tampoco es realista el argumento que sostienen algunos de que esta eliminación podría traducirse en un fortalecimiento de los programas nacionales. Por una parte, porque no hay indicios de que los recursos se re-destinen a esos fines. Por otra parte y más importante aún, nos enfrentamos al enorme vacío de política pública que revise, haga seguimiento y fortalezca líneas de investigación que permitan fortalecer la formación de postgrados en el país.

Es necesario también, revisar la inserción laboral de las personas que se han formado con fondos fiscales, pero esto tiene sentido, en la medida que exista voluntad de orientarlos y abordar la capacidad de absorción de investigadores en instituciones públicas o que respondan a las necesidades sociales establecidas por el Estado, cuestión que requiere de una planificación del sistema de educación nacional que contribuya a la creación de espacios de investigación. En la misma línea, no es suficiente decir que se fortalecerán programas nacionales, si no existe una regulación de las líneas de formación que se están generando en las universidades y chilenas. Si bien es de esperarse que luego de años de formación de magíster, exista alguna retribución en la creación de programas nacionales que puedan aumentar la especialización y sus estándares a nivel nacional, no hay información sobre la diversidad de líneas de formación, niveles de innovación que estas alcanzan, ni programas que es necesario buscar en el extranjero, debido a su inexistencia en Chile o a su relevancia estratégica.

En definitiva, la internacionalización en la universidad es un proceso, no un momento. Requiere de formación, diversidad de saberes, redes humanas y capacidad material para crearlas y sostenerlas. Y si estas se trabajan desde una perspectiva que reconozca el valor de la diversidad, puede ser un aporte importante no sólo para la comunidad académica que las genera, sino para el entorno que puede nutrirse de ellas, asumiendo el rol social que caracteriza el quehacer universitario. Esto, debe ser parte de la ecuación a la hora de definir políticas públicas, algo que en el último tiempo lamentablemente no se ha visto, pero espero, no sea definitivo.